

En la habitación que ocupa usted actualmente como director de la revista se encuentra usted rodeado de aquellos mismos muebles de que estaba rodeado yo en el Instituto, por las mismas estanterías, por los mismos libros. La secretaría de Cuadernos usa sus muebles y útiles de oficina, se sirve de la misma máquina en que se escribieron algunos originales y facturas de su órgano literario. Y está usted apoyando, siquiera en parte, aunque tal vez sin darse entera cuenta, el mismo ideal que reinaba allí. Porque en aquel recinto se hablaba de dos cosas principalmente: de la reanudación de España Peregrina, en primer lugar, y, en segundo, de su deseable e inevitable transformación en una revista mexicano-española, de carácter continental, más apta instrumentalmente para defender y propagar los conceptos humanos que nos incandescían. León-Felipe, amigo de las causas aparentemente perdidas, era entonces, aunque no el único, sí, con mucho, mi interlocutor más asiduo. Imaz, Balbuena, Xirau, Márquez, Millares, Vinós, Carrasco, Carner y otros miembros de la Junta acudían más de cuando en cuando. Luego no temió frecuentar nuestro escondrijo Bernardo Ortiz de Montellano, atraído por las ideas y proyectos que me había oído sostener con exaltación. Su interés por España Peregrina era tibio naturalmente. Pero sabía que esta revista que intentábamos poner a flote, sólo era un primer paso hacia la consecución de muy altos ideales americanos que oía proponer con firmeza, en virtud de la publicación de esa segunda revista a que me he referido, cuyo advenimiento, basando mi intuición en la marcha de ciertos valores, daba yo por segura. De ella hablábamos con frecuencia. Siempre que entonces preguntaba yo a Bernardo, que a la sazón trabajaba cerca de usted en la secretaría de su negociado de Estudios Económicos, sobre qué personas de su conocimiento podían ayudarnos a conseguir anuncios para España Peregrina, me respondía: Jesús Silva Herzog. A la pregunta de qué mexicanos, a su juicio, podrían apoyar los valores que nos desvelaban, respondía igualmente: tal vez Silva Herzog.

A esta época heroica se refería Ortiz de Montellano en el último artículo «Del “Diario de mis Sueños”» que se publicó en Cuadernos, en aquella frase que a su susceptibilidad de usted le pareció chocante y que tuve que pedirle que modificara, al hablar de un suceso ocurrido cuando con Larrea y León-Felipe fundamos —decía— Cuadernos Americanos. Sin embargo, según lo comentamos Bernardo y yo entonces y más tarde cuando le vi en su casa por última vez, no era inexacta la redacción de Bernardo por cuanto se refería a una época anterior a su entrada de usted en escena. Naturalmente, la revista de que entonces tratábamos no se llamaba Cuadernos Americanos, puesto que carecía de título, como siguió careciendo muchos meses después de que hablamos de ella con usted, pero sí era el embrión

de Cuadernos Americanos, puesto que tenía sus caracteres constitutivos: revista general, creadora de valores, de carácter continental, entre mexicanos y españoles, apuntada a la suscitación de un nuevo humanismo, etc., etc.

Por fin, a nuestro requerimiento, Bernardo nos llevó a León y a mí donde usted con el propósito inmediato de recabar su ayuda a fin de conseguir algún anuncio para España Peregrina, y el mediato de establecer relaciones con usted de manera que pudiéramos quizá intentar algún día interesarle en más ambiciosas empresas. Usted nos acogió en su despachito de Estudios Económicos con suma cortesía y afabilidad. Ello ocurrió a fines de marzo (tengo la fecha exacta pero no a la mano). Alentó vivamente nuestras esperanzas de conseguir los tres o cuatro anuncios que necesitábamos para poder editar España Peregrina. Y con objeto de tratar más ampliamente acerca de la cuestión tuvo usted la gentileza de invitarnos a almorzar. En ese ágape, –tal vez no sea impropio llamarlo así– entró usted en contacto con el mundo de valores que nos animaba, aunque nuestra primera exposición fuera todo lo circunspecta que las circunstancias pedían. Se habló de la necesidad perentoria, desde el punto de vista espiritual, de que siguiera apareciendo el órgano de la Junta de Cultura, que defendía una posición importante para el sentido de la tragedia española y para la cultura en nuestra lengua. Es decir, se le expuso a usted la primera parte de nuestro proyecto, mas no sin hacer referencia a la segunda. «Hasta que –recuerdo haber dicho en el curso de la conversación– Hispanoamérica, a través de México que es su adelantado, se decida a aprovechar la estancia de los intelectuales españoles aquí para poner en marcha la revista que no tiene más remedio que editarse ahora que Europa está callada por la guerra y España entre las garras de Franco», etc. No fue usted insensible a esta sugestión que, por lo que le he oído decir posteriormente, coincidía con deseos suyos anteriores de interesarse en la publicación de una revista, aunque no del mismo carácter. Recuerdo también poco más o menos sus palabras: «¿Creen ustedes entonces que se debe fundar en México una revista entre mexicanos y españoles para tratar de los problemas de alta cultura?». «Claro que sí», insistí yo, insinuando comedidamente a continuación algunos de los puntos de vista que veníamos barajando. Convini-mos al fin de nuestra charla volver a reunirnos con objeto de que usted nos comunicara el resultado de sus gestiones relativas a los anuncios y para seguir conversando acerca de la otra posibilidad.

En la reunión subsiguiente, se mostró usted inclinado a, como dicen los franceses, «brûler les étapes». Propuso usted dejar por el momento a un lado España Peregrina para tratar de la otra revista más importante en que el espíritu de aquella se infundiera. Aunque no compartiera usted alguna de

nuestras ideas espiritualistas, que chocaban con sus conceptos materiales, le sonaban a buena música. Nos dijo usted que por su conocimiento de las costumbres de los medios económicos mexicanos y de su eficacia para enfocar las cuestiones de orden práctico, se sentía capaz de ayudar financieramente al sostenimiento de una revista como la que imaginábamos, sin desechar la esperanza de que quizá pudiera usted alguna vez publicar algún artículo. Seguimos cambiando ideas y quedamos en que usted pensaría más detenidamente sobre el particular y que volveríamos a reunirnos.

En esta tercera comida apareció usted decidido. Lograría bien sea acudiendo al entonces Presidente, Don Manuel Ávila Camacho, o bien de otro modo resolver el aspecto crematístico. Como ya lo habíamos conversado la vez anterior, literariamente la revista estaría dirigida por dos personas: un mexicano, Bernardo Ortiz de Montellano y un español: Juan Larrea. A usted le incumbiría el papel de organizador material, de gerente administrativo. Este proyecto que acataba la procedencia del impulso y sus caracteres básicos, estuvo en vigencia entre nosotros durante no poco tiempo. Fue al salir de esta reunión, si no me equivoco, cuando León Felipe y Ortiz de Montellano me felicitaron en la calle de Madero efusivamente. —«El milagro se ha cumplido, me dijo León, ya tienes la revista por la que tanto suspirabas». Yo, no sé por qué, no estaba demasiado contento. —«Te aseguro que en el fondo, le contesté, prefería España Peregrina».

Pronto se cambió de ideas en lo que se refiere al modo de lograr los apoyos económicos. Pensó usted que para la independencia de la revista más valía renunciar a los subsidios oficiales y buscar la ayuda privada. Tomamos la decisión usted de «sablear» a sus amigos, nosotros de solicitar la contribución de los medios españoles. Al objeto de que precisáramos nuestras ideas y de procurarle a usted material para convencer a sus amistades, nos pidió usted que cada uno de los tres iniciadores, pusiéramos, para leerse los, nuestros puntos de vista por escrito. Lo hicimos así. En el archivo de Cuadernos obra el escrito de Bernardo en que se refiere a la conveniencia de estimular el nacimiento de un nuevo humanismo mediante la publicación de una revista que recogiera los esfuerzos de mexicanos y españoles; el de León, poemático, en que propone que esa revista no se llame España Peregrina sino el Hombre Peregrino; y el mío, algo más extenso en el que figuran algunas de las ideas que antes de Cuadernos, durante Cuadernos y después de Cuadernos me trotaban y siguen trotando por la cabeza.

Por mi parte hablé a mis compañeros de la Junta de Cultura que estuvieron de acuerdo en confiar los intereses espirituales de la Junta a la nueva publicación. En lo tocante a finanzas hablé al Dr. Puche, Presidente del SERE quien nos aconsejó una vez más que nos dirigiéramos a don Juan